

MARTIN FIERRO



1834 • *En el centenario*

de José Hernández • 1934

N.º 10

HERNANDEZ, COMO MARTIN FIERRO, CANTABA CON TODA LA VOZ QUE TENIA

(*La vida del Chacho relatada por José Hernández. Continuación del número anterior.*)

Algún tiempo después, sabedor Quiroga de que La Madrid reorganizaba sus fuerzas en Tucumán, marchó a buscarlo, y lo derrotó por segunda vez en los Rincones del Manantial.

En esta jornada como en la anterior, el Capitán Peñaloza se hizo notable por su intrepidez, y recibió señaladas muestras de distinción.

Quiroga regresó a la Rioja y licenció sus fuerzas — Aquí termina este primer episodio de nuestras luchas civiles en que le tocó figurar al General Peñaloza.

III

Otra nueva época de guerra empieza, y al partido unitario le toca la triste celebridad de iniciarla, manchando con sangre las páginas de nuestra historia.

La revolución encabezada por el General Lavalle en Buenos Aires el 1.º de Diciembre de 1828, y que dio por resultado la caída del Gobernador Dorrego, y su bárbaro fusilamiento en los campos de Navarro por orden de Lavalle, alarmó justamente a los Gobernadores de las Provincias, a quien Lavalle había desdeñado dirigirse para invitarlos a tomar parte en su movimiento.

Este es el tronco genealógico de todas las desgracias que hasta ahora vienen afligiendo a nuestra patria.

De allí parten nuestros males. La sangre del Coronel Dorrego fue la primera que se derramó alevosamente en nuestra guerra civil. Hasta hoy, ha sido la última la del General Peñaloza.

El General Paz marchó entonces desde Buenos Aires para el Interior con una División de 800 a 900 hombres de las tres armas, con el objeto de apoyar los pronunciamientos que tuvieron lugar en las Provincias en favor de la revolución que acababa de hacer Lavalle, y con el de destruir aquellos Gobiernos que pretendieran oponerse a ella.

El movimiento no era efectivamente simpático, pero el fusilamiento de Dorrego lo hizo odioso.

Sólo las tres Provincias del Norte, Tucumán, Salta y Jujuy, se declararon por él.

Córdoba con su Gobernador Bustos a la cabeza, se pronunció en masa en contra de la revolución.

San Luis, Mendoza, San Juan, La Rioja y Catamarca se pronunciaron también en contra, teniendo a su frente al General Quiroga.

La Provincia de Santiago permaneció neutral, aunque su política parecía inclinarse más en favor de los que combatían el movimiento iniciado por Lavalle por su fusilamiento cruel e injusto.

Esta fue la situación de las Provincias en aquel momento, aprestándose a una guerra sangrienta, y, lo decimos con dolor, horrible y hasta bárbara.

Peñaloza formaba en las filas del General Quiroga, siempre como Capitán del citado Regimiento.

La guerra da principio.

Paz penetra en la Provincia de Córdoba donde lo espera el Gobernador Bustos con todas las fuerzas de que podía disponer, y la batalla se dio en San Roque, a 12 leguas de la ciudad, siendo Bustos completamente derrotado.

Paz llega a Córdoba, y Bustos con los pocos restos de su Ejército marchó a unirse al

General Quiroga, a quien se incorporó en la Provincia de La Rioja.

Quiroga por su parte que había ya organizado su Ejército con las fuerzas de las Provincias que hemos mencionado, se movió entonces de la Rioja para venir a batir al General Paz.

Penetró por el Sud de la Provincia de Córdoba, llegando hasta apoderarse de la Ciudad, que había estado hasta ese momento ocupada por fuerzas enemigas; y en los días 22 y 23 de Junio del año 29 se dieron entre las fuerzas de ambos Generales las dos memorables batallas de la Tablada, en que quedó siempre triunfante el General Paz.

En estas dos reñidas batallas el Capitán Peñaloza adquirió un fabuloso renombre, y en el vac de los soldados vencedores se referían con admiración y entusiasmo muchos detalles que revelaban su arrojo e intrepidez, y que le dieron prestigio y nombradía aun entre sus mismos enemigos.

Era natural, el Capitán Peñaloza mandaba parte de esa caballería, única de quien se cuenta que hubiese dado doce cargas sucesivas sobre los fuertes cuadros de infantería que el General Paz se vio obligado a formar, cargas que dieron por resultado el arrebatarle al General Paz las piezas de artillería que tenía encerradas en ellos. Pero la estrategia debía triunfar del arrojo en esta célebre jornada; pues el General Paz por hábiles maniobras recuperó sus cañones y derrotó al Ejército del General Quiroga. Este hecho dio lugar a aquella célebre expresión del General Quiroga: "El General Paz me ha derrotado con figuras de contradanza".

Quiroga regresó aceleradamente a la Rioja, donde reunió todos los elementos de que podía disponer en aquella Provincia, y se dirigió inmediatamente a las de Cuyo para reorganizar de nuevo su Ejército.

Peñaloza seguía siempre a su lado, y en su clase de Capitán.

Organizado nuevamente su Ejército, el General Quiroga se movió de Mendoza con el designio de batir otra vez al General Paz, y se dio entonces la batalla de "Oncativo" en que Quiroga fue de nuevo completamente derrotado, y entonces este célebre caudillo se retiró a la Provincia de Buenos Aires.

Peñaloza lo acompañó en la retirada, y a su lado estuvo en aquella provincia todo el



Esta escena del payador en la pulpería es, sin duda, la obra maestra de Zavattaro en su ilustración de "Martín Fierro"

tiempo que permaneció en ella el prestigioso caudillo de los Llanos.

Peñaloza era ya por cierto un oficial distinguido.

Se había hecho conocer como valiente, se había granjeado la estimación de todos sus compañeros y gozaba ya de bastante prestigio.

El General Paz había quedado triunfante y dueño de todo el Interior; pero la revolución se había perdido. Lavalle había sido derrotado en los campos de "Alvarez" el 26 de abril de aquel año, y había capitulado en Buenos Aires.

IV

En esta situación, Rozas dirigió sus ojos al Interior.

Protegió al General Quiroga a fin de que hiciese una nueva expedición, y con un número de 300 a 400 hombres que puso bajo sus órdenes, y los Jefes que lo habían acompañado, entre los que iba Peñaloza, abrió Quiroga su nueva campaña, de mejor éxito que las dos anteriores.

Penetró a la Provincia de Córdoba sin ser sentido, y fiado también en que la atención del Ejército de Paz estaba absorbida completamente por el General D. Estanislao López que, con fuerzas de Buenos Aires, las de Santa Fe y los Indios del Norte, marchaba en

esos momentos sobre la Provincia de Córdoba. López era por consiguiente una garantía, una completa seguridad para Quiroga.

Quiroga ataca de sorpresa en el Río 4º, y deshace completamente una pequeña fuerza de Paz, que se hallaba en aquel punto a las órdenes del Coronel Chavarría, y dirigió apresuradamente sus marchas a San Luis, donde derrotó también a las fuerzas que le opuso el Gobierno, en cuya jornada murió el intrépido Coronel Pringles; y sin pérdida de un instante llega a la Provincia de Mendoza.

En esa Provincia se hallaban también fuerzas pertenecientes a Paz; las cuales a las órdenes del Coronel Videla-Castillo, fueron completamente derrotadas en el Rodeo de Chacón.

Así terminó Quiroga su cruzada tan peligrosa, como rápida y feliz, y dueño ya otra vez de las Provincias de Cuyo, empezó la reorganización de un nuevo Ejército.

El Ejército del General Paz, entre tanto, se debilitaba sensiblemente, y falto hasta de lo más necesario, careciendo de cuanto podían necesitar los soldados, hostilizado de cerca por el General López, que eludía siempre el combate, pero que estaba siempre sobre él, caminaba a su completa destrucción.

En una de las frecuentes marchas para obtener que el General López diera una batalla, Paz se separó apenas una pequeña distancia de su columna, y fue cortado y hecho prisionero por una guerrilla enemiga.

Entonces tomó momentáneamente el mando de la fuerza el General Pedernera, como Jefe superior, el cual entregó poco después al Gobernador Delegado General La Madrid, a quien correspondía por su antigüedad, y éste emprendió con ella la marcha en retirada hacia la Provincia de Tucumán.

El Capitán Peñaloza marchó entonces con el General Quiroga, que con su nuevo Ejército se movió otra vez de Mendoza en persecución de lo que ya eran restos del Ejército de Paz.

El primer encuentro tuvo lugar en "Miraflores", donde el General Bargas, Jefe de Vanguardia de Quiroga, fue derrotado por Acha, Jefe de Vanguardia de La Madrid.

La batalla que siguió a este encuentro fue la de la "Ciudadela", arrabales de Tucumán, que tuvo lugar el 4 de Noviembre de 1831 y en que la victoria fue completa por Quiroga.

En esta jornada notable, el triunfo fue debido en gran parte al valor del Capitán Peñaloza.

En una de las repetidas cargas de la caballería de Quiroga sobre los cuadros de la infantería de La Madrid, cuando ya habían muerto varios Coroneles, entre los que sólo recordamos los nombres de Bargas y Frontaneli, los Jefes 1º y 2º del Regimiento "Escolta" y gran número de otros Jefes y oficiales; el Capitán Peñaloza, lejos de desalentarse por tantas pérdidas, inicia una nueva carga, y envainando su espada prepara su lazo; y arremetiendo hasta el centro de los cuadros de infantería, sacó de allí a la cincha de su caballo un cañón de 4 y su caja de municiones, que La Madrid tenía en su costado izquierdo; cuyo cañón fue utilizado inmediatamente por el General Quiroga, haciendo con él muchos disparos sobre las filas enemigas.

Este hecho, apreciado dignamente por el General Quiroga, le valió al Capitán Peñaloza ser nombrado Teniente Coronel, sobre el mismo campo de batalla, y de que le fuera confiado el mando del Regimiento en que había servido antes como subalterno.

La Madrid pasó a Bolivia con los pequeños restos de su Ejército.

La guerra quedaba terminada.

Lavalle había capitulado y se hallaba en Buenos Aires.

Paz se encontraba prisionero en la Villa de Luján.

Quiroga regresó a la Rioja y licenció nuevamente su Ejército, confiriendo al Teniente Coronel Peñaloza el nombramiento de Comandante del Departamento de la Costa del Medio de los Llanos.

Peñaloza gozaba entonces de la nombradía que le había conquistado su valor, y la fama bien adquirida de sus hechos.

Su prestigio le daba ya un poder bastante fuerte en La Rioja.

V

En 1834 se dejaron sentir en las Provincias de Salta y Tucumán complicaciones que podían muy bien llegar a comprometer el orden existente, y Rozas creyó conveniente emplear para sofocar la discordia, el crédito y prestigio de que gozaba el General Quiroga.

Quiroga, que a la sazón se hallaba en Buenos Aires, marchó en esa comisión con el carácter de mediador, en Diciembre de aquel año; y a su regreso, tuvo lugar en Barranca Yaco, el 16 de Febrero de 1835, el bárbaro asesinato de este terrible y poderoso caudillo; muriendo también con él su Secretario el Sr. Coronel Mayor D. José Santos Ortiz, los nueve individuos de su comitiva, y el correista Luégues que dirigía la galera.

Este hecho hizo una profunda impresión en todo el país, y debió producir inmediatamente una sublevación en algunas Provincias.

Sus enemigos, con razón y sin ella, acusaron a Rozas de este horrendo asesinato, y él por su parte lanzaba toda la odiosa responsabilidad del crimen sobre el partido unitario.

El hecho es que Rozas hizo instruir un sumario que duró dos años, y cuyo resultado fue que los cuatro hermanos Reinafés, Santos Pérez y varios otros fueran condenados a la pena de muerte como autores, ejecutores y cómplices en la muerte del General Quiroga, cuya ejecución tuvo lugar en Buenos Aires, en la plaza de la Victoria, el 25 de Octubre de 1837.

Este hecho fue indudablemente a los ojos de muchos, considerado como una tremenda justicia de Rozas; pero a los de otros aparecía como una cruel y sangrienta cábala, que debería ser vengada también.

El descontento, el malestar y la agitación producida por estos notables acontecimientos, crecía en el Interior; y las Provincias, que no hacía muchos años se habían pronunciado contra la revolución iniciada por Lavalle con la muerte del distinguido Coronel Dorrego, sólo aguardaron ya una ocasión propicia para hacerlo contra Rozas por la muerte de Quiroga unas, por la de los Reinafés otras.

Esta ocasión se les presentó tres años después.

VI

En 1840 Lavalle emprendió su cruzada contra Rozas con el Ejército que formó en Corrientes, y derrotado en "Sauce Grande" por el General Echagüe, el 16 de Julio del mismo año, efectuó su paso del Paraná por el Diamante, en los buques de la Escuadra Francesa, dirigiéndose inmediatamente a la Provincia de Buenos Aires y llegando hasta el Puente de Márquez.

La noticia de la aproximación de Lavalle con un Ejército a Buenos Aires, que hacía imposible para Rozas el envío de fuerzas al Interior, alentó a las Provincias descontentas, y simultáneamente se pronunciaron varias.

La Rioja se pronunció en masa, y su Gobernador, el General Brizuela, investido por las demás Provincias con el título de Jefe Supremo y Director de la Guerra, tomó en Jefe el mando del Ejército.

En esta lucha no podía dejar de contar con el concurso del Teniente Coronel Peñaloza, a quien la muerte de su jefe, protector y amigo, lo colocaba naturalmente en las filas de la revolución. Así lo comprendió el General Brizuela y le confió el mando de una fuerza, confiriéndole además el grado de Coronel.

La excitación general en las Provincias había inducido a Rozas a enviar al seno de ellas al General La Madrid, que había vuelto a Buenos Aires de su emigración, y revistaba en el Ejército de Rozas.

Necesario nos es dar aquí una idea, aunque rápida, de los sucesos que entonces tuvieron lugar, para poder apreciar debidamente el rol que cupo a Peñaloza como resultado de esos mismos acontecimientos, y la parte muy distinguida que le correspondió en su desenlace.

El General Lavalle, que había asumido la responsabilidad de una empresa muy superior a sus fuerzas y a su genio, abandonó su campo cerca de la ciudad de Buenos Aires, y emprendió su retirada, desprestigiando así una cruzada que pudo dar en tierra con el poder de Rozas.

Dirigió sus marchas a la Provincia de Santa Fe, de cuya capital se posesionó, y batido allí por el Coronel D. Jacinto Andrada con sus bravos Dragones, emprendió su retirada a las Provincias.

La Madrid por su parte, faltando a la fe de las promesas con que se había captado la confianza de Rozas, se pronunció en favor del movimiento en la Provincia de Tucumán, así que tuvo formada alguna fuerza, pasó a la Rioja y con un contingente que le proporcionó el General Brizuela marchó en dirección a Córdoba buscando la incorporación de Lavalle.

Cuando pisaba la frontera de esta Provincia ella se pronunció en favor de la revolución, el 10 de Octubre de 1840.

Los hombres de esta revolución ayudados por el contingente que el General La Madrid traía consigo, consiguieron organizar un Ejército de cerca de cuatro mil hombres, el cual se mandó ofrecer al General Lavalle por una comisión de vecinos respetables, para que con su ayuda pudiese batir fácilmente las fuerzas que al mando del General Oribe, había despachado Rozas en su seguimiento. Lavalle, cuya impericia militar era sólo comparable con su petulante arrogancia, esquivó una contestación decisiva al ofrecimiento que se le hacía, y anticipó la Batalla en situación y condiciones desfavorables, por no dar a sus amigos parte en una gloria que él quería sólo para sí.

Los resultados, sin embargo, no correspondieron a sus esperanzas, y los campos del "Quebracho Herrado" dan testimonio del castigo que recibió su vanidad el 28 de Noviembre de 1840.

Lavalle llegó a Córdoba, donde después de conferenciar con La Madrid, se dirigió éste a Tucumán a organizar más fuerzas, y aquél a la Rioja, a ponerse a las órdenes del General Brizuela.

Brizuela le dio el mando del Ejército como General en Jefe, y el General Pedernera, que había pasado de Chile a ponerse a las órdenes del Director de la Guerra, fue nombrado su segundo.

El General Lavalle, ayudado por el Coronel Peñaloza, que era uno de los Jefes más importantes de la Rioja, continuó allí la resistencia a los Ejércitos que invadían la Provincia, y después de un tiempo de lucha, se retiró a Tucumán. En su tránsito por Catamarca tuvo nuevamente ocasión de conferenciar con el General La Madrid, que se dirigía a Cuyo; conferencia que no tuvo resultado alguno, persistiendo cada uno en su propósito.

Continuó Lavalle sus marchas, y el 19 de Noviembre de 1841 lo alcanzó el General Oribe en "Famaillá" o "Monte Grande", Provincia de Tucumán, donde lo derrotó completamente.

Lavalle se dirigió entonces para Bolivia, pero fue muerto en Jujuy, de una manera casual y oscura.

Mientras esto acontecía en relación al General Lavalle, los elementos de la revolución mantenían su última resistencia en la Rioja.

El General Brizuela se defendía de las fuerzas coaligadas de varias Provincias, que a las órdenes del famoso padre Aldao operaban sobre aquella.

En uno de los repetidos encuentros, que tuvo lugar en la cuesta de "Sañogasta", el General Brizuela fue herido y hecho prisionero por Germán Fillaña, asistente entonces del General Benavides.

Brizuela murió de esa herida pocos momentos después de haberla recibido, y el Coronel Peñaloza, como el Jefe más caracterizado y prestigioso de la Provincia, quedó a la cabeza de la resistencia.

Aquí entra para el Coronel Peñaloza un período laborioso y de inmensas fatigas, en el que ha conquistado muchos títulos a la gloria.

El solo entonces, sin más elementos que su prestigio, sin más táctica que la que le aconsejaba su solo genio, luchó diariamente durante tres meses consecutivos contra numerosas fuerzas que se le oponían de los Ejércitos del General Oribe, el padre Aldao y el General Benavides.

La premura del tiempo con que escribimos estos rasgos biográficos de la vida del General Peñaloza, no nos permite recoger los datos que

no serían indispensables para hacer la historia de esos gloriosos 90 días.

El país entero conserva el recuerdo de esa resistencia, que es uno de los episodios más distinguidos de nuestra guerra civil, y en que el Coronel Peñaloza hizo prodigios de actividad y de arrojo; conquistando entonces toda la fama y el prestigio que más tarde le ha valido el ser cosido a puñaladas en el mismo teatro de sus hazañas, y por el mismo partido que entonces defendía con tanta bravura.

Los ejércitos que lo combatían, cansados ya de esa lucha inacabable, que mantenían contra un caudillo que aparecía y desaparecía de su presencia, haciéndoles la campaña fatigosa y desesperada, abandonaron su empresa, dejando al Coronel Peñaloza dueño de casi toda la Provincia de la Rioja.

Esto dio lugar a que el Coronel Peñaloza pudiera ponerse de acuerdo con el General La Madrid (que se hallaba en Catamarca) y que juntos emprendieran su marcha a la Provincia de Mendoza, donde se hallaba el General Pacheco con una fuerte división de las tres armas del Ejército de Oribe.

La victoria parece que quiso protegerles un momento. El Coronel Acha, Jefe de Vanguardia de La Madrid, derrotó primero a Benavides en la "Punta del Monte" y en seguida a Benavides y Aldao en la famosa batalla de "Angaco", donde Acha con su pequeña fuerza hizo prodigios de valor.

Pero Acha fue sorprendido, batido y hecho prisionero en San Juan, antes que La Madrid tuviera tiempo de protegerlo, y éste, después de montar allá su Ejército lo mejor que pudo, pasó a Mendoza.

Allí fue del todo deshecho por el General Pacheco.

El encuentro tuvo lugar a pocas leguas de la ciudad, en el lugar denominado "Rodeo del Medio", el 24 de Noviembre de 1841.

El General La Madrid y el Coronel Peñaloza con los restos de su ejército emprendieron su paso para Chile, atravesando con grandísimo peligro la Cordillera, que aun estaba obstruida por las nieves, y en cuyo tránsito perecieron gran número de los que los acompañaban.

Este episodio lo conocerán sin duda muchos de nuestros lectores, pues es el que ha sido conmemorado en el cuadro trazado por el señor Rawson, que ha estado por mucho tiempo expuesto en los salones del Club Socialista.

Esta fue la primera emigración del General Peñaloza.

Rozas quedó completamente triunfante.

Los dos Jefes principales de la revolución habían muerto.

Lavalle en Jujuy.

Brizuela en la Rioja.

La Madrid y Peñaloza estaban proscriptos.

VII

Poco tiempo se conformó el patriota riojano con la vida del expatriado.

Los sufrimientos de su patria, víctima de la más brutal tiranía, afianzada por la ineptitud y las exageradas pretensiones de los hombres del partido unitario con que se acarrearón tantas derrotas, hablaron muy alto en el corazón de aquel patriota noble y desinteresado, y sin preocuparse de la eficacia de los medios, sino sólo de la santidad del objeto, se lanzó a la República Argentina acompañado de un puñado de valientes con cuyo concurso realizó proezas increíbles.

Había atravesado la Cordillera por el paso de Vinchina, y de pronto se presentó en la Rioja, que se pronunció casi toda en su favor.

Los hijos más notables de esa Provincia se unieron a sus filas, aumentadas así considerablemente, y sin pérdida de momento se dirigió a Catamarca, donde después de infinidad de encuentros parciales, derrotó en Coneta 2 000 hombres de caballería del Ejército del Gobierno; deshizo completamente otra parte del mismo Ejército en "Las Callesitas", Departamento de Piedra Blanca, pasando en una impetuosa carga por sobre las infanterías enemigas, y completó sus victorias en "Habra", donde batió completamente al Coronel Pintos que se hallaba con una fuerza respetable.

Triunfante así en Catamarca, se precipita sobre Tucumán con la velocidad del rayo, cu-

ya gloriosa campaña selló con el completo triunfo que obtuvo en los "Manantiales", sobre el Ejército de aquella Provincia, a las órdenes del General Gutiérrez.

Allí empezó la organización de su Ejército, que elevó al número de 2 000 hombres, con algunas infanterías.

El General Benavides se puso en campaña en su busca.

Marchó desde San Juan con las fuerzas de que podía disponer, con las que le ofrecieron los Gobiernos de San Luis y Mendoza, con algunas que a su paso pudo reunir en Catamarca, y con la concurrencia, con todas sus fuerzas, del Gobierno de Santiago.

Con esta poderosa masa marchó Benavides a batir al que, habiendo llegado casi solo a la Rioja no hacía mucho, había obtenido una serie de triunfos, derrotado completamente dos Ejércitos fuertes y posesionándose de tres Provincias.

Benavides comprendía que una batalla era el único medio de acabar con Peñaloza, y éste por su parte comprendía también que una batalla era el único medio de librar a los Pueblos de los desastres consiguientes a una guerra, que prolongándose habría dado por resultado hacer más grave el estado de ruina y desolación en que se hallaban.

Ambos Ejércitos se encontraron en los "Manantiales", Provincia de Tucumán, y se libró entre ellos un reñidísimo combate, en que por fin la victoria se pronunció por el General Benavides.

En esta batalla el Coronel Peñaloza estuvo en inminente peligro de ser muerto por sus enemigos. Debió su vida al arrojo e intrepidez de su mujer, quien viendo el peligro en que se hallaba, reúne unos cuantos soldados y poniéndose a su frente se precipita sobre los que atacaban a Peñaloza, con una decisión que habría honrado a cualquier guerrero.

Ella lo salvó, en efecto; pero un furioso soldado enemigo, al ver que se le escapaba su codiciada presa, descargó sobre su cabeza un terrible sablazo que la derribó del caballo.

A la que semejante hazaña acababa de ejecutar, no podía faltarle un defensor valiente en aquel momento de cruel conflicto.

Un capitán de Peñaloza, D. Ramón Ibañes, atacó y dio muerte al que acababa de herirla, y la sacó de aquel campo de lucha y exterminio con esfuerzos increíbles.

El Coronel Peñaloza, con los pequeños restos de su Ejército emprendió su retirada para Catamarca.

Referiremos ligeramente a nuestros lectores un episodio que tuvo lugar en esa retirada, y cuyo conocimiento servirá para que puedan apreciar mejor el temple generoso de ese esforzado caudillo.

En el tránsito por Catamarca, marchaba como vanguardia de la pequeña fuerza el Coronel Yanzón acompañado sólo de 4 ó 5 soldados, y el cual se vio atacado de improviso en el Departamento de Santa María por una partida de gauchos.

Yanzón mató de un pistoletazo a Gutiérrez, que capitaneaba la partida, pero fue vencido por la superioridad del número, y muerto después de una heroica defensa.

Uno de los soldados regresa a dar parte al Coronel Peñaloza de lo que ocurría, y éste corre aceleradamente al lugar de la catástrofe, donde aun estaban reunidos los malhechores y a los cuales hizo prisioneros, sin que escapara uno solo.

El Coronel Yanzón era no sólo un Jefe valiente y prestigioso, sino un amigo querido de Peñaloza, que acababa de acompañarlo en su arriesgada empresa, y compartir con él los azares y fatigas de esa penosa campaña.

Peñaloza lamentaba su muerte como la de un hermano querido, y ¿queréis saber cuál fue el castigo que impuso a sus matadores, la única venganza que tomó de ellos?

Véanlo, los que lo han retratado animado de sentimientos sanguinarios.

Su único castigo fue hacerlos marchar a pie, conduciendo en hombros el cadáver de su desgraciado compañero, hasta llegar a la Capilla de Gualfin, en el Departamento de Belén, 12 leguas distante del teatro del suceso, y donde les hizo abrir la sepultura en que dejó enterrado a su antiguo amigo.

Cumplido este penoso deber, hizo arrodillar alrededor de la tumba de Yanzón a sus mismos matadores, y después de una ligera oración les restituyó completamente la libertad.

Esa fue su venganza, y dígasenos si esta noble conducta no contrasta de una manera digna con su bravura en los combates.

¿Puede referir un hecho semejante alguno de sus furiosos enemigos?

La muerte de Peñaloza nos dice que no.

¿Habrá orado sobre su tumba alguno de sus asesinos?

Si hubieran tenido en su alma siquiera un sentimiento de religión, habrían respetado la vida de ese anciano.

Con el dolor que le causaba la pérdida que acababa de sufrir, continuó su marcha en retirada, dirigiéndose a "Fiambalao", de allí a la Rioja por el Departamento de "Famantina", pasando inmediatamente a los Llanos, donde de nuevo tentó la organización de su Ejército.

Pero Benavides no le dejó el tiempo que su empresa requería.

Marchó aceleradamente en su persecución, y con la poca gente que el Coronel Peñaloza había alcanzado a reunir, se dio la última batalla en "Ilisca", costa alta de los Llanos y en la que fue deshecho completamente.

Por segunda vez tomó el camino de la emigración, volviendo a Chile por el mismo paso de Vinchina, por que había pasado poco antes a acometer una empresa sembrada de dificultades y de peligros.

Esta fue la última emigración del Coronel Peñaloza.

VIII

Como antes, la vida fuera de su Patria le fue penosa e insoportable.

No le era ya posible volver a ella combatiendo por su libertad, y le era más difícil aún resignarse a vivir lejos de ella.

Desesperado de esa emigración, y destituido completamente de la esperanza de poder realizar otra cruzada con éxito, concibió un plan atrevido y tan peligroso en los medios, como dudoso en su éxito.

Testigo muchas veces de las acciones generosas del General Benavides, conocía los sentimientos del hombre con quien acababa de combatir, y a esa generosidad fio su vida y su suerte.

Su empresa tuvo un éxito feliz.

Repasó la Cordillera y regresó a su Patria guardando el incógnito, presentándosele de improviso en San Juan al General Benavides, a quien habló con aquel lenguaje en que la franqueza parece aconsejada por la desesperación, diciéndole: que venía a entregarse a él, que dispusiera de su vida, que era su prisionero, que si merecía la muerte la recibiría con gusto antes que vivir por más tiempo fuera de su país.

Las esperanzas que había abrigado el Coronel Peñaloza eran fundadas, y el General Benavides correspondió dignamente a ellas. Le prometió que a su lado hallaría una hospitalidad generosa y segura, con la confianza que puede inspirar la amistad, y Peñaloza quedó en San Juan.

Rozas, que tuvo conocimiento de la presencia de Peñaloza en aquella Provincia, reclamó de Benavides su envío, por reiteradas e imperiosas órdenes. Pero Benavides resistió al cumplimiento de esas órdenes, a pesar de la grave situación en que se colocaba él mismo, cumpliendo así la fe de las promesas hechas a su protegido.

Aun antes de caer Rozas, ya el Coronel Peñaloza obtuvo de su bienhechor el permiso de ir a residir en los Llanos de la Rioja, donde resistió a las sugerencias repetidas de sus amigos que lo rodearon en el acto pretendiendo que se pusiera al frente de un nuevo movimiento.

Pero el Coronel Peñaloza fue para el General Benavides el amigo leal que Benavides había sido para Peñaloza.

El triunfo de "Caseros" lo trajo nuevamente a la escena.

El General Benavides se puso decididamente al servicio de la organización Nacional, y Peñaloza, identificando su causa con la de su protector y amigo, se unió a él con todo el poder que le daba su prestigio en la Rioja.

En esta identificación misteriosa parece que se descubre algo de Providencial.

Dos hombres que tanto habían luchado entre sí, se unen, se profesan mutuamente una amistad franca y leal, se consagran al servicio de una misma idea, y ambos vienen al fin a tener una muerte idéntica y a recibirla de la misma mano.

El General Urquiza en su período Presidencial, envió a Peñaloza sus despachos de Coronel de la Nación; más tarde el Congreso lo elevó al rango de General, y en la organización del ejército argentino le fue señalado el puesto de 2º Jefe del ejército de Cuyo.

Durante el primer período constitucional, y hasta la destrucción del segundo, el General Peñaloza fue uno de sus sostenedores más decididos y leales, concurriendo siempre con la subordinación del soldado allí donde el Gobierno Nacional se lo ordenó.

IX

No creemos necesario detenernos mucho para recordar a nuestros lectores la resistencia heroica que el General Peñaloza hizo por el espacio de muchos meses al Ejército que después de Pavón envió el General Mitre al Interior, y que fue a ensangrentar el suelo de las Provincias.

Aun están vivos esos hechos en la memoria de todos, y todos saben que ante su prestigio, su actividad y su arrojo, únicos elementos de que podía disponer, fue a estrellarse todo el poder de las huestes invasoras.

Queremos al terminar nuestro trabajo, darle cima narrando un hecho histórico, de esa fecha, que al par que caracteriza bien al héroe que el partido unitario acaba de sacrificar a sus iras, daguerreotipa mejor la fisonomía política de ese partido, cuya ambición es su único fin, el asesinato su único medio.

Nuestros lectores no deben haber olvidado que el supuesto Gobierno Nacional, persuadido de su impotencia para triunfar del General Peñaloza, en esa lucha en que se esterilizaban sus inmensos sacrificios, y en que emplearon con igual ineficacia los medios más reprobados y criminales Rivas, Sandes, Arredondo y demás, celebró entonces un tratado con él, por medio de su comisionado el doctor D. Eusebio Bedoya, cuyo tratado fue firmado en la Provincia de la Rioja, en el lugar llamado LAS BANDERITAS.

En ese sitio, y después de firmado dicho tratado, el General Peñaloza, dirigiéndose a los Coroneles Sandes, Arredondo y Rivas, dijo: "es natural que habiendo terminado la lucha, por el convenio que acaba de firmarse, nos devolvamos recíprocamente los prisioneros tomados en los diferentes encuentros que hemos tenido; por mi parte yo voy a llenar inmediatamente este deber." Los mencionados Jefes de Mitre enmudecieron ante estas palabras y sólo se dirigieron entre sí una mirada de asombro o de vergüenza. El General Peñaloza que, o no se apercebía de lo que ese silencio significaba, o que, por el contrario, ya contaba de antemano con la muda respuesta que se le daba, no se dio por entendido de lo que sucedía, y llamando inmediatamente a uno de sus ayudantes (de apellido Cofré) le ordenó que llevase al lugar de la conferencia a los prisioneros porteños, fueron sus palabras, para ser devueltos a sus Jefes.

No tardaron mucho en presentarse dichos prisioneros, y a su vista el General Peñaloza dijo: "Aquí tienen ustedes los prisioneros que yo les he tomado, ellos dirán si los he tratado bien, ya ven ustedes que no les falta ni siquiera un botón del uniforme." Un entusiasta viva al General Peñaloza dado por los mismos prisioneros, fue la única, pero la más elocuente respuesta que esas palabras recibieron.

El General Peñaloza, viendo el silencio de los Jefes de Mitre, insistió en la devolución de los prisioneros que le habían tomado a él.

"Y bien, dijo: ¿dónde están los míos?"

"¿Porqué no me responden?"

"¡Qué! ¿será cierto lo que se me ha dicho? ¿será verdad que todos han sido fusilados?"

"¿Cómo es entonces que yo soy el bandido, el salteador, y ustedes los hombres de orden y de principios?"

El General Peñaloza continuó en este sentido dirigiendo una enérgica y sencilla repro-

bación a los Jefes de Mitre, a tal extremo, que el Dr. Bedoya se llevó el pañuelo a los ojos, y lloraba a sollozos, quizá conmovido por la patética escena que presenciaba, tal vez avergonzado de encontrarse allí representando a los hombres que habían inmolado tantas víctimas, o acusado quizá por su conciencia de haber manchado su carácter de Sacerdote aceptando el mandato de un partido de asesinos.

Entre tanto, los Jefes de Mitre se mantenían en silencio, humillados ante las reconvenções de aquel héroe cuya altura de carácter, cuya nobleza de sentimientos, tanto contrastaba con la humildad de su condición.

El General Peñaloza devolvía todos los prisioneros que había tomado, no faltaba uno solo, y no había uno solo entre ellos que pudiera alzar su voz para quejarse de violencias o malos tratamientos.

Y ¿dónde estaban los prisioneros que se habían tomado a él?

Habían sido fusilados sin piedad, como se persiguen y matan las fieras de los bosques.

Sandes había ensangrentado el "Puesto de Valdés" sacrificando a su rabia multitud de indefensos prisioneros.

Rivas había derramado también en el "Gigante" la sangre de treinta y cinco prisioneros inermes, y entre las víctimas estaban los Jefes y Oficiales del General Peñaloza, Rojas, Bilbao, Quiroga, Moliné, Vallejo, Lucero, Gutiérrez y Videla.

Las mujeres e hijos de sus soldados habían sido arrebatados por los valientes soldados invasores; sus mejores servidores y sus compañeros más distinguidos habían sido sacrificados.

El correspondía a todo eso, con una acción generosa, que sus enemigos no han ejecutado nunca.

X

Hemos hecho conocer ya al hombre que acaba de ser sacrificado a la saña implacable, a la cobardía y a los instintos sanguinarios de un partido de asesinos.

No nos lisonjemos de ofrecer a nuestros lectores una obra acabada, esta obra sería el fruto de una consagración y de un tiempo de que no podemos disponer.

Pero hemos recorrido ligeramente el largo y complicado período de nuestra revolución, y aunque no hemos trazado de él un cuadro completo, sino tocándolo apenas en sus más notables lineamientos, hemos hallado en todas partes el nombre del General Peñaloza ocupando posiciones y desempeñando roles diversos, pero, como lo hemos dicho al principio, siempre de una manera distinguida y honorable para él.

Trazados estos rasgos al correr de la pluma, dejamos a la inteligencia de nuestros lectores el suplir con ella la deficiencia de que han de adolecer naturalmente.

JOSE HERNANDEZ

Años más tarde apareció en Buenos Aires

Costea este número la BIBLIOTECA POPULAR DEL AZUL (Prov. de Buenos Aires) y ha sido impreso por ZANETTA HERMANOS, 8 número 820, La Plata.

En el antepenúltimo párrafo del número 9, después del nombre de Rivadavia falta lo siguiente:

... puesto que éste comisionó al General Quiroga para que con las fuerzas de la Rioja marchase inmediatamente a sofocarla.

El General Quiroga en camino ya con sus fuerzas para llenar esa comisión, recibió contra órdenes de Rivadavia...

En pág. 3, col. 2, donde dice "arribó" debe decir "arribé", y en pág. 4, col. 1, "La Providencia" en vez de "La Provincia".

un folleto con esta carátula:

Vida del Chacho / Rasgos biográficos / del / General D. Angel V. Peñaloza / Por / José Hernández / Precio 5 \$ / Buenos Aires / Angel Da Ponte - Editor / Baratillo de libros / Potosí 117, (antes 103) entre Bolívar y Defensa / 1875.

Consta de 40 págs. de 18 y 1/2 cmts. de alto por 12 cmts. de ancho. Contiene en cuerpo 12, a ancho de pág., la biografía del Chacho que queda transcrita, precedida de una advertencia del editor y seguida de un apéndice, que dicen:

ADVERTENCIA

Peñaloza fue arrebatado hace doce años por el oleaje sangriento de un torbellino revolucionario.

El silencio ha rodeado su tumba.

Por primera vez, acaba de oírse en el Congreso la voz de un elocuente orador, el doctor Rawson, recordando con elogio al Patriarca de la Rioja.

Pero su vida, llena de interés y novedad, es apenas conocida, y esto nos ha animado a reproducirla en el folleto que ofrecemos al público.

En la galería de los caudillos célebres que han sido el fruto de las contiendas civiles, EL CHACHO ha conquistado un puesto, en el que se le encuentra, menos brillante que muchos, pero más humano que todos.

Estos rasgos, escritos con imparcialidad y abundante acopio de datos, abarcan el complicado período de cuarenta años de guerra, y su lectura es tan amena por la novedad de algunas escenas que describen, por lo extraordinario de otras, por la verdad que se descubre en todas, como por la claridad y corrección con que el autor dibuja en rápidas pinceladas aquella existencia extraordinaria.

Estamos ciertos que serán leídos con interés.

El Editor

APENDICE

En momentos de entrar en prensa este folleto, uno de los actores en el trágico episodio de la muerte del General Peñaloza viene a la prensa a defenderse de ofensas que dice haberle inferido el ex-Presidente Sarmiento.

Ese actor es el Coronel D. Ricardo Vera.

He aquí lo que bajo su firma ha publicado "La Prensa" del 1º de Setiembre.

Habla Vera:

"El Sr. Sarmiento, perdiéndome de vista quizá en los sucesos por la humildad de mi posición, ha creído que podría devorar en silencio la gratuita injuria que me infiere; pero a mi vez, con la verdad de los hechos, que aun ha de repercutir en la buena memoria del educacionista Sanjuanino, debo recordarle un incidente ocurrido entre los dos, a propósito de la muerte del Chacho, tomado por mí en Olta y entregado a sus matadores.

"Debe recordar aún, que el Coronel Yrrazabal me mandó a San Juan llevando el parte oficial de haber sido muerto por él el infortunado Peñaloza, cuya cabeza fue puesta sobre un palo.

"No debe tampoco haber olvidado el Sr. Sarmiento, que yo le daba el parte en el despacho de Gobierno de San Juan; y que, cuando le referí, a su pedido, las circunstancias de su captura y las formas horribles de su muerte, él, Gobernador de San Juan entonces, Presidente de la República después, y Senador ahora, entusiasmado con el suceso, me dio un fuerte abrazo, mostrando verdadero gozo en el triste fin de aquel desgraciado."

Ricardo Vera

Según estas palabras de Vera, él tomó a Peñaloza en Olta y lo entregó a sus matadores, los que pusieron la cabeza en un palo, y a pedido del Sr. Sarmiento, él le refirió en San Juan las circunstancias de la captura y las formas horribles de su muerte.

(Concluirá en el número próximo)